

nó puede salvarse á sí mismo. ¹ » A lo amargo de estas bur-
 las, viene á juntarse para Jesús la vergüenza de verse cruci-
 ficado entre dos ladrones. « Todos los que me han visto se
 han burlado de mí. ² »—2) Su Santa Madre, llena de dolor
 y anegada en llanto, contribuye también á acrecentar sus
 angustias. ¡Qué tristeza oprimiría los corazones de la Ma-
 dre y del Hijo, cuando se miraron en su aflicción, cuando se
 separaron, cuando se dijeron el último adiós!—3) Porsu par-
 te, el Padre Eterno abandona á Jesús á merced de sus ene-
 migos, le niega en su agonía todos los consuelos con que
 siempre acostumbra aligerar los padecimientos de los már-
 tires; y lo deja que beba sin ningún lenitivo, hasta las heces,
 el cáliz de la Pasión. Aprended de Jesús crucificado, á per-
 severar en la práctica de todas las virtudes, aun cuando os
 veais privado de las dulzuras espirituales. Desde lo alto de
 la cruz, como de una cátedra elevada, os predica todas las
 virtudes. Os enseña la obediencia con su cabeza inclinada,
 la penitencia, por sus ojos llenos de lágrimas, el desprecio de
 las grandezas, por su frente coronada de espinas, la pacien-
 cia por su boca que no se queja ni responde á los insultos,
 la sobriedad por su lengua sedienta, el amor del prójimo por
 sus brazos extendidos, el amor de Dios por su corazón tras-
 pasado, la pobreza por su cuerpo desnudo, la mortificación
 por sus miembros cubiertos de llagas, la perseverancia es-
 tando clavado en la cruz, el horror del pecado por el espec-
 táculo de su muerte. Pedidle que imprima profundamente
 en vuestra alma, estas enseñanzas que tan caro le han cos-
 tado: y dadle gracias por todo lo que ha padecido por vos.
 Decidle con aquel sentimiento de amor que animaba al
 Apóstol: «¿Quién nos separará de la caridad de Jesucristo,
 quién. ³ »

Respice, qucesumus Domine, super hanc animam meam

¹ Vah! qui destruis templum Dei: si Filius Dei es descende de
 cruce: salva temetipsum. Alios salvos fecit, seipsum non potest sal-
 vum facere. Matth. XXVII, 40, 42.

² Omnes videntes me, deriserunt me. Ps. XXI, 8.

³ Quis nos separabit a caritate Christi, quis? Rom. VIII, 35.

*pro qua Dominus noster Jesus Christus non dubitavit ma-
 nibus tradi nocentium, et crucis subire tormentum. Qui te-
 cum vivit et regnat, etc.*

LECTURA. Imit. II, 9, 11, 12; III, 19, 56; IV. 8.

XVIII. MEDITACION

Jesucristo glorioso después de la resurrección.

NOVENO DÍA.

Después de haber hecho desaparecer de vuestra alma los
 obstáculos, que son los pecados; después de haber introdu-
 cido las buenas disposiciones, gracias á la imitación de las
 virtudes practicadas por Jesús, os resta que inflameis vues-
 tro corazón con el fuego de la caridad. La caridad es el tér-
 mino de la vida unitiva, y el fin á donde se dirigen vuestros
 Ejercicios espirituales. Las meditaciones siguientes con las
 cuales terminareis vuestro retiro servirán á este fin.

ORACIÓN PREPARATORIA

I.—*Preludio*.—Mirad á Jesucristo triunfante de la muer-
 te, salir glorioso del sepulcro, conversar familiarmente con
 sus apóstoles, y después subir al monte Olivete y en su pre-
 sencia elevarse al cielo, en donde va á sentarse en la gloria,
 á la diestra del Padre.

II.—*Preludio*.—Pedid al Señor la gracia, de aprender de
 su Majestad el camino que lleva á la patria celestial: allí os
 espera, y os prepara una eterna corona. Por la mañana po-
 deis serviros de las siguientes jaculatorias: «Yo sé que mi
 Redentor está vivo, y en el último día resucitará y verá á
 mi Dios en mi carne. ¹ » «Él se ha humillado á sí mismo

¹ Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra
 surrecturus sum, et in carne mea videbo Deum meum. Job. XIX.
 25, 26.

habiéndose hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por eso Dios lo ha exaltado y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre; á fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. ¹ »

Esta meditación comprende tres puntos: 1.º la resurrección de Jesucristo, 2.º su permanencia en la tierra, 3.º su ascensión al cielo.

I

Considerad que Jesús en su pasión, perdió dos clases de bienes, los del cuerpo y los del alma: mas unos y otros le fueron devueltos con ventaja por su Padre, el día de su resurrección.

I.—Los bienes del cuerpo que Jesús perdió durante su Pasión, fueron muchos: porque perdió su hermosura corporal que le hacía el más amable de los hombres. ² Su rostro quedó hinchado, acardenalado por los golpes, ensangrentado por las espinas: por esto el profeta que lo había contemplado en una visión, no reconoce en él semblante humano. «Él no tiene ni hermosura ni esplendor: lo hemos visto, y no tenía apariencia. ³ » Mas esta hermosura que había perdido le fué devuelta con gran ventaja: porque la claridad beatífica puso su semblante tan majestuoso, tan hermoso, que hará en el cielo la bienaventuranza de nuestros sentidos. Un solo rayo de su faz, es tan luminoso, que excede al esplendor reunido de todos los cuerpos bienaventurados juntos; no obstante que cada uno de los escogidos brillará con el esplendor de un sol, *in perpetuas æternitates*. En el monte

1 Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis, propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genu flectatur et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris, Philipp. II, 8.

2 Speciosus forma præ filiis hominum. Ps. XLIV, 3.

3 Non est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus. Isa. LIII, 2.

Tabor, en donde mostró á sus apóstoles como una vista de su futura claridad, su rostro resplandecía como el sol: ¹ y al verle, San Pedro se creyó en el paraíso. ¡Cuál sería pues su claridad después de su gloriosa resurrección!—2) Jesús perdió en su Pasión la fuerza y la salud corporales, que antes habían sido siempre perfectas, pues nunca se dijo de él que estuviese enfermo: y las perdió no sólo en una parte del cuerpo, sino en todos los miembros: «Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, nó hay en él parte sana, ² » Jesús fué debilitado por los golpes, lacerado por los azotes, desgarrado por las espinas, traspasado por los clavos: mas, ¡con qué fuerza, con qué salud quedó en su resurrección! Su agilidad le permite transportarse en un momento de un polo á otro, con la rapidez del pensamiento ó del deseo: la sutileza es tal, que ningún cuerpo, por duro y macizo que sea, puede detener su carrera, del mismo modo que no podría detener el pasaje de un puro espíritu. Es impasible, pues no solamente no padece ya, sino que ni aun está sujeto á los padecimientos, como si su cuerpo nó fuese ya cuerpo, sino para gozar de los placeres sensibles de la bienaventuranza corporal.—3) Finalmente, Jesús perdió la vida, clavado en una cruz, y entregó su cuerpo inanimado, si nó, á la corrupción que sigue de ordinario á la muerte, por lo menos, á la oscuridad del sepulcro. Mas por la resurrección, recobra una vida mucho mejor, una vida que no está ya sujeta á la muerte, una vida que triunfa de la muerte misma: y esta vida es inmortal. «Jesucristo resucitado de entre los muertos, no muere ya; la muerte no tiene ya sobre él ningún imperio. ³ » Su resurrección es el triunfo de nuestra mortalidad, no solamente porque con Jesucristo resucitarán muchos muertos, sino porque por Jesucristo, todos los muertos resucitarán en el día del juicio final. «La muerte ha

1 Resplenduit facies ejus, sicut sol Matth. XVII, 2.

2 A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas, Isa. I, 6.

3 Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur, Rom. VI, 9.

venido por un hombre, y también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y así como todos mueren en Adán, del mismo modo, también todos resucitarán en Jesucristo. ¹ » Felicidad al Redentor por esta gloria; alegraos por todas sus ventajas; y excitad á vuestro cuerpo á imitarle en su Pasión, para poder imitarle en su glorificación; á nó temer ni la mortificación ni la muerte, para gozar con él de la vida eterna.

2.—Los bienes del alma perdidos por Jesús en su Pasión y recobrados en su resurrección con superabundancia, son de diversas clases:—1) Jesús perdió la alegría de su sacratísimo corazón, quedando sumergido en un mar de tristeza, principalmente en la agonía del huerto: en esos momentos en que su dolor fué tan grande que dijo á sus discípulos: «Mi alma está triste hasta la muerte. ² » No fué menos grande su tristeza en el calvario cuando se vió en un completo abandono. «He mirado á mi alderredor y nó había quien me ayudara.» ³ Fué abandonado de su mismo Padre que le dejó á merced de sus enemigos. «Dios mío, Dios mío, por qué me habeis abandonado?» ⁴ Mas recobró la alegría en su resurrección: en efecto, entonces los goces beatíficos que estaban contenidos durante treinta y tres años, en la parte superior del alma, rompieron de repente los obstáculos, viniendo á inundar las potencias inferiores, quedando Jesús anegado en una fuente inagotable de consolaciones celestiales. «Vuestras consolaciones han regocijado mi alma, en proporción de los dolores multiplicados de mi corazón.» ⁵ Entonces, en vez de los verdugos se ve rodeado de millares de ángeles; y si durante su Pasión se vió burlado de sus enemigos, ahora se ve adorado por los santos.—2) Había perdido

¹ Per hominem mors, et per hominem resurrectio mortuorum. Et sicut in Adam omnes moriuntur ita et in Christo omnes vivificabuntur. I. Cor. XV, 22, 23.

² Tristis est anima mea usque ad mortem. Matth. XVI, 38.

³ Circumspexi et non erat auxiliator. Isa. LXIII, 5.

⁴ Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Marc. XV, 34.

⁵ Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo; consolaciones tuæ lætificaverunt animam meam. Ps. XCIII, 19.

la reputación y el honor; pues fué tratado como un esclavo, envilecido como una bestia de carga, maltratado como un indigno, condenado como un malhechor, crucificado como un asesino, como un blasfemo, como un sobornador del pueblo. Sí, no hay duda; por muy ávido de ignominias que hubiese estado, quedó verdaderamente saturado de ellas. «Será saciado de oprobios.» ¹ Mas vuelve á encontrar con ventaja el honor y la reputación perdidos, porque desde su resurrección, es reconocido como un Dios vencedor de la muerte. Desde entonces también se dobla ante él toda rodilla, no solamente en el cielo y en la tierra, sino también en el inferno; y toda lengua confiesa que está sentado á la diestra del Padre, igual al Padre en majestad y en gloria.—3) Había perdido el afecto de sus discípulos: pues todos le hicieron traición, le negaron, le tuvieron por motivo de escándalo, se avergonzaron de él y le abandonaron cobardemente. «Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron.» ² Después de su resurrección, reconquistó con gran ventaja el afecto de sus apóstoles; pues éstos, llenos de valor, nó solo por el hecho de esta resurrección, sino aun más por la plenitud del Espíritu Santo que recibieron en el día de Pentecostés, salieron del Cenáculo para publicar la gloria de su Maestro, en las plazas públicas; y además confesaron su divinidad en presencia de los tiranos; se dispensaron por todo el mundo para exaltar su nombre y dar testimonio de su resurrección; y finalmente, le ganaron un inmenso número de adoradores en cuya compañía dieron su sangre y su vida, como confirmación, tanto de su Evangelio, como de su amor. He aquí cómo ha reparado Jesús con incomparable superabundancia, las pérdidas que había sufrido durante su Pasión: y si después de estas consideraciones no os palpita el corazón dentro del pecho, si vuestra alma no reboza de alegría, reconoced que amais poco á vuestro Redentor. Debeis llenaros de júbilo á la vista de las conquistas que ha hecho

¹ Saturabitur opprobriis, Thren. III, 30.

² Omnes, relicto eo, fugerunt. Matth. XXVI, 56.

con tanta gloria; y al mismo tiempo debeis pensar en todas las recompensas que el Señor reserva á quien se priva de alguna cosa por amor suyo. Estad seguro, que Dios no se deja vencer en generosidad, sino que da ciento por uno, y recompensa todo lo que se hace por él, con dones incomparablemente superiores. «Los sufrimientos del tiempo presente, nó tienen comparación con la gloria venidera que será manifestada en nosotros.»¹

II

Considerad la permanencia de Jesús en la tierra durante cuarenta días después de su resurrección. ¿Con qué fin pensais que el Salvador quiso permanecer tan largo tiempo cerca de los suyos, cuando el lugar de su cuerpo glorioso estaba en el cielo? Es muy probable que su fin fué consolar á sus discípulos afligidos por todo lo que acababa de pasar, é instruirlos en las cosas de la eternidad.

I.—Los discípulos de Jesús estaban doblemente afligidos y desolados, por su conducta pasada y por la muerte del Salvador. Se habían mostrado muy cobardes huyendo vergonzosamente durante la Pasión: habían sentido en el alma las injurias y malos tratamientos que Jesús había sufrido de parte de la Sinagoga; y estaban llenos de aflicción por su muerte ignominiosa. Estos son dos motivos muy santos de entristecerse; la tristeza por sus propios pecados, es tristeza de la penitencia; la tristeza por las ofensas que otros hacen á Dios, es tristeza inspirada por el celo. ¿Cuál es la causa de vuestras tristezas? ¿Estais triste porque no teneis comodidades, por haber sufrido un fiasco en un curso, por no haber obtenido un beneficio deseado, por tener que pagar rentas crecidas, ó por no encontrar mas que ingratitud en vuestros subordinados? ¡Ah! estas son tristezas inútiles; y aun

¹ Non sunt eodignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Rom VIII, 18.

muchas veces peligrosas para el alma y para el cuerpo. El Eclesiástico habla de estas tristezas cuando dice: «La tristeza ha hecho perecer á muchos, y nó es buena para nada.»¹ En medio de estas nieblas duerme y se esconde el demonio. «Él duerme á la sombra.»² Allí tiene él sus flechas prontas para dispararse. «Ellos han preparado sus flechas en su aljaba, para tirar en la sombra.»³ Si os entristeceis santamente con los apóstoles, con una tristeza fundada en el amor de Dios, el Señor vendrá á consolaros, como consoló á los apóstoles por diversas apariciones. Así lo hizo en efecto con San Pedro que estaba afligido por haberle negado; con Magdalena que lloraba en su sepulcro; con los dos discípulos de Emaus que hablaban entre sí con tristeza, acerca de su muerte. En esta tristeza encontrareis el consuelo. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»⁴ «Vuestra tristeza será cambiada en gozo.»⁵

2.—Los discípulos del Señor estaban llenos de temor respecto del porvenir: pues conocían la rabia de los fariseos, y tenían motivos de temer que después de haberla descargado sobre el Pastor, los enemigos de Jesús no persiguiesen en seguida al rebaño. Así es que se mantenían ocultos en algún lugar apartado, nó atreviéndose á mostrarse en público: pues para alentarlos, el Salvador que se complace en venir en ayuda de los perseguidos, se presenta muchas veces en medio de ellos, y en sus diversas apariciones les repite muchas veces: «No temais.»⁶ Promete fortificar su corazón por una virtud sobrehumana, «por una fuerza de lo alto,»⁷ es decir, por el Espíritu Santo que cambia todo temor en fortaleza. Y en efecto, después que el Espíritu Santo, el Paracleto, descendió sobre ellos, de corderos tímidos se convirtieron en leones;

¹ Multos occidit tristitia, et non est utilitas in ea. Eccl. XXX, 25.

² Sub umbra dormit Job. XL, 16.

³ Paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagittentur in obscuro. Psalm. X, 3.

⁴ Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Matth. V, 5.

⁵ Tristitia vestra vertetur in gaudium. Joan. XVI, 20.

⁶ Nolite timere. Luc. XXIV, 6; Matth. XXVIII, 5.

⁷ Virtute ex alto, Luc. XXIV, 49.

y apenas salen del Cenáculo, predicán á Jesucristo públicamente, delante de todos, en medio de un gran concurso de pueblo, sin dejarse intimidar, ni por las amenazas, ni por las burlas, ni por los malos tratamientos, ni aun por la muerte. Todos, en efecto, se consideraron dichosos en afrontar la muerte en medio de mil tormentos, por el amor de su Maestro. ¿Seríais vos quizá, del número de esos eclesiásticos tímidos en presencia del deber, que se arreglan por las inspiraciones del respeto humano, que se callan cuando deberían hablar, que disimulan los escándalos para no incurrir en la indignación de las personas poderosas? ¿En dónde está el valor sacerdotal, en dónde la constancia del Apóstol, en dónde la santa audacia que reclama de vos el Señor, no solamente en presencia del disfavor, sino también en presencia de la muerte? «Nó temais á aquellos que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma.»¹ Pedid al Señor que obre en vos el cambio que obró en sus discípulos; que no retrocedais ante el respeto humano; que os liberte del miedo; que os haga intrépido, audaz, cuando se trate del servicio de Dios y de las almas confiadas á vuestros cuidados. Que os enseñe también á moderar el celo indiscreto, por la prudencia; nó por aquella que se llama prudencia del siglo y de la carne, «porque la prudencia de la carne es la muerte,»² sino por la que Dios alaba en sus fieles siervos. «Siervo fiel y prudente.»³

3.—Los discípulos estaban ignorantes de las cosas que no concernían directamente á su vida humilde y privada. Hasta entonces habían esperado que el Mesías debía reinar temporalmente, arrancar á Israel á la dominación romana, y hacer que refloreciera Judá con todo el esplendor que tenía bajo el reinado de David y Salomón. Así se expresaron los dos discípulos que iban á Emaús: «Nosotros esperábamos que

¹ Nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere. Matth. X, 28.

² Nam prudentia carnis mors est. Rom. VIII, 6.

³ Fidelis servus, et prudens. Matth. XXIV, 45.

él libertaría á Israel.¹ » Se guiaban por las máximas terrenas, hasta entrar en disputa para saber cuál de ellos sería el primero y el más grande.² Otros ambicionaban los primeros puestos en el reino de Cristo, que creían debía ser un reino temporal. «El uno á la derecha y el otro á la izquierda en el reino.»³ » Otros, habiendo sido rechazados por los habitantes de Samaria, pedían, para vengarse, que cayese sobre ellos el fuego del cielo. «¿Quereis que mandemos que caiga fuego del cielo y los consuma?»⁴ » Otros también aconsejaban al Salvador que evitase la Pasión y la muerte como cosas indignas é ignominiosas: «Dios no quiera, Señor, no sucederá esto jamás.»⁵ » Para disipar una ignorancia tan grande, era menester que la Sabiduría divina instruyese personalmente á los que debían enseñar al mundo; y con este fin permaneció el Salvador sobre la tierra después de su resurrección, «por espacio de cuarenta días apareciéndoseles y conversando con ellos del reino de Dios.»⁶ » Su ocupación al lado de sus apóstoles, era enseñarles la doctrina cristiana, la materia y la forma de los sacramentos, é ilustrar su inteligencia acerca de los divinos misterios.⁷ ¿Seríais vos tal vez del número de esos eclesiásticos orgullosos que creen ser muy inferior á su dignidad el enseñar á los niños ignorantes los misterios de la fe y las reglas de la moral? Puesto que Jesús después de su resurrección se dedicó á este ejercicio, deberíais también vos dedicaros á él con un santo orgullo, y hacer de ello una de vuestras principales ocupaciones. Prometed al Salvador desempeñar bien este empleo, que es propio de vuestro estado; y pues habeis vis-

¹ Non autem sperabamus, quia ipse esset redempturus Israel. Luc. XXIV, 21.

² Quis eorum videretur esse major. Luc. XXII, 24.

³ Unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo. Matth. XX, 21.

⁴ Domine, vis dicimus ut ignis descendat de caelo et consumat illos? Luc. IX, 54.

⁵ Absit a te, Domine: non erit tibi hoc. Matth. XVI, 22.

⁶ Per dies quadragintæ apparens eis, et loquens de regno Dei Act. I, 2.

⁷ Aperuit illis sensum, ut inteligerent Scripturas. Luc. XXIV, 46.

to que Jesucristo resucitado se ocupaba de cumplir con las obras de misericordia, de consolar á los afligidos, confortar á los pusilánimes, enseñar á los ignorantes, examinad como cumplió por vuestra parte estas mismas obras de caridad, y otras semejantes; y tan luego como descubrais que habeis faltado á vuestro deber, arrepentíos de vuestra frialdad y tomad la resolución de corregirla, renovando vuestro fervor.

III

Considerad en la Ascención de Jesús á los cielos, estas tres circunstancias: el lugar, el modo, y el fin de la Ascención.

I.—El lugar de donde Jesús hubo partido para subir al cielo, es el monte de los Olivos, es decir, esa misma montaña á donde acostumbraba retirarse para hacer oración, en donde comenzó la Pasión por la agonía y el sudor de sangre. Si comprendéis bien este misterio, descubriréis en él una lección que os da el Redentor. Allí os enseña que la oración y la mortificación son las gradas que conducen al cielo: son dos alas que por su movimiento continuo nos llevan de esta vida al eterno descanso. La una ayuda á la otra, pues la mortificación es una disposición necesaria para la oración, y la oración es un medio para llegar á la perfecta mortificación. Si falta una de estas dos alas, no subireis al cielo por las huellas que Jesús para vuestra instrucción, dejó estampadas en el monte de los Olivos. Es necesaria la oración; porque la perseverancia final, de donde depende nuestra salvación, no se merece, sino que se obtiene solamente por una oración continua. «Es menester orar siempre y no cesar jamás.¹» Es necesaria la mortificación, porque Dios quiere que la eterna bienaventuranza no sea solamente el fruto de vuestras peticiones, sino también la recompensa de vuestros trabajos. «No son los que me di-

1 Oportet semper orare et non deficere. Luc. XVIII, 1.

cen, Señor, Señor, los que entrarán en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.¹» Vos pues, que sois templo vivo del Espíritu Santo, debeis levantar en vos mismo esos dos altares que estaban en el templo de Salomón, uno en el exterior, en donde se inmolaban los animales para el sacrificio, y el otro en el interior, en el *Santo de los Santos* en donde se ofrecía el incienso compuesto de diversos aromas. Así debeis erigir un altar dentro de vuestro corazón para ofrecer allí el incienso de la oración, y otro exterior, en vuestro cuerpo, para ofrecer allí, como las víctimas, por la mortificación. Pedid á Dios que se digne aceptar estas dos ofrendas, uniéndolas á la que presentó Jesús en el monte de los Olivos: pues estas son las disposiciones necesarias para subir al cielo.

2.—La Ascención de Jesús se hizo en compañía de un gran número de almas que había libertado de los limbos: algunas eran ya bienaventuradas aun en sus cuerpos, que habían vuelto á tomar cuando la resurrección del Salvador. «Habiendo subido á lo alto, ha llevado consigo á los cautivos.²» He aquí cómo debe un eclesiástico subir al cielo, es decir, con un gran cortejo de almas arrancadas del infierno. No debe contentarse con salvarse solo; pues no con este fin lo han hecho dispensador de los divinos misterios. Desgraciado el eclesiástico que sólo piensa en salvarse á sí mismo! pues falta á una gran parte de su vocación. Por el contrario, el que trabaja, según sus medios, en salvar á su prójimo, doblará su gloria en el cielo, según la parábola tan conocida de los talentos. Obtendrá en el cielo una grande gloria esencial que corresponde al mérito de la obra; porque salvar una alma, es, dice San Juan Crisóstomo, de un mérito incomparablemente más grande, que el dar grandes limosnas á los pobres. «Aun cuando distribuyérais inmensas riquezas á los

1 Non omnis, qui dicit mihi: Domine, Domine, introibit in regnum cœlorum; sed qui facit voluntatem Patris mei. Matt. VII, 21.

2 Ascendens in altum captivam duxit captivitatem. Ephes. IV. 8.

pobres, hareis más, si convertís una alma. ¹ » Obtendrá igualmente una grande gloria accidental, puesto que San Pablo se consolaba de ver á su al derreder á los filipenses convertidos. » Vosotros sois mi corona y mi gozo. ² » ¡Cuál será vuestro contento, de ver a vuestro lado en el cielo, tantos santos salvados por vos! Por el contrario, ¡cuál será en el infierno la pena de un condenado, al oír las maldiciones de las almas perdidas por su culpa!

3.—El fin por el cual Jesús sube al cielo, es, para perfeccionar nuestra fé, afirmar nuestra esperanza, é inflamar nuestra caridad. La fé tiene por objeto las cosas que no se ven. ³ Bienaventurados los que no ven, y sin embargo creen. Subiendo Jesús al cielo se hizo invisible á nuestros ojos: así es que nuestra fé ha sido perfeccionada, puesto que creemos firmemente sin verlo, que Jesús está sentado en el trono de su gloria, á la diestra del Padre. Nuestra esperanza emprende su vuelo hacia el cielo, porque Jesucristo subió allá para prepararnos un lugar. ⁴ Jesús ha tomado posesión de la gloria, no solamente para él, sino también para nosotros, como que es nuestra cabeza. «A donde la gloria de la cabeza ha llegado, allá se siente atraída la esperanza del cuerpo.» ⁵ Nos abrió el paraíso cerrado por el pecado, y nos invita á ir allá donde él ha ido primero. «A donde ha entrado por nosotros Jesús, nuestro precursor.» ⁶ ¿Cuál debe ser nuestra esperanza, si por él estamos ya sentados al eterno banquete? ⁷ si cumplió allá para con el Padre, el oficio de abogado, interponiendo por nosotros y mostrando sus sacratísimas llagas? ⁸ Nuestra caridad se inflama porque subiendo Jesús al cielo,

¹ Etsi immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris, si unam converteris animam. Hom. 3 ad Cor. I.

² Gaudium meum et corona mea. Philipp. IV, I.

³ Argumentum non apparentium. Hebr. XI, I.

⁴ Vado parare vobis locum. Joan. XIV, 2.

⁵ Quo præcessit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis Leo. Serm. I. Asc.

⁶ Præcursor pro nobis introivit Jesus. Hebr. VI, 20.

⁷ Consedere eos fecit in cœlestibus in Christo Jesu. Ephes. II, 6.

⁸ Ad interpellandum pro nobis. Hebr. VII, 25.

nuestros afectos se despegan de la tierra. «Buscad lo que está arriba, allá donde el Cristo está sentado á la diestra de Dios.» ¹ Si Jesús hubiera permanecido con nosotros aquí en la tierra, parecería razonable amar una vida en donde podríamos vivir con él: subiendo al cielo nos hace conocer que no hay aquí ningún objeto digno de nuestro amor. Mas desde el cielo envió á su Iglesia el Espíritu Santo, que es Espíritu de amor, para encender en ella el fuego de la caridad. Haced aquí muchos actos de fé, de esperanza y de caridad, y acabad la meditación por la oración siguiente:

Deus qui per Unigenitum tuum æternitatis nobis aditum devicta morte reserasti, vota nostra quæ præveniendò aspiras, etiam adjuvando prosequere. Per Christum, etc.

LECTURA. Imit. III. 47, 48.

XIX MEDITACION

De la gloria.

DÉCIMO DIA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio.*—Representaos la Jerusalén celestial, tal como la describe San Juan en el capítulo XXI de su Apocalipsis. La ciudad de Dios está formada de un oro purísimo; sus fundamentos son de piedras preciosas; sus puertas de perlas; y la atraviesa un río de agua viva, de una agua transparente como el cristal; está iluminada por la claridad de Dios, sin tener necesidad ni de sol, ni de luna, sin tinieblas, sin noche y sin la menor mancha. Sus habitantes están siempre llenos de gozo, en brillantes fiestas, siempre en la luz de gloria que jamás disminuye ni desaparece.

¹ Quæ sursum sunt quærite, ubi Christus est in dextera Dei sedens. Coloss. III, I.